

Apuntes para un estudio

de la identidad puertorriqueña:
Felices días Tío Sergio

María Elisa Núñez

«Unless one is aware that one cannot avoid taking a stand, unwitting stand get taken».
Gayatri C. Spivak: *In other worlds*.

«Siempre preguntábamos por qué. Teníamos la impresión de que los grandes decían cosas sin terminar precisamente para que les preguntáramos y ellos pudieran dar cátedra. Así nos iban educando con una mezcla de conceptos (...) producto de sus miedos y prejuicios o de sus conocimientos y convicciones que nos tomó una vida organizar y clasificar.»
Magali García Ramis: *Felices días tío Sergio*.

«Dado que la realidad es incognoscible, la única manera de conocerla es transformándola.»
Umberto Eco: *La estructura ausente*.

Un numeroso grupo de críticos señala que gran parte de la narrativa latinoamericana de la década de los ochenta parece signada por la desilusión, y que por ello muchos de sus temas giran en torno a la frustración, tanto individual como colectiva.

Dentro de esta vertiente del proceso latinoamericano, la novela adquiere la capacidad de mostrar simbólicamente la degradación y el desamparo del género humano. En ella, el protagonista heroico cede su espacio central a un colectivo que por su correspondencia histórica pone al descubierto las fracturas en las relaciones de dominación, o bien presenta otras alternativas como respuesta a una voluntad de resistencia organizada.

En esta última tendencia podríamos situar la práctica escritural puertorriqueña (a partir de los años

70) que busca diseñar un proyecto de carácter nacional en el reconocimiento de los valores que le son propios, frente a los valores fundados y/o asimilados en su condición de «Estado Libre Asociado» a los Estados Unidos de Norteamérica. Esta escritura supone redimensionar la historia en aras de la comprensión del «artefacto» como un híbrido cultural que deviene de un discurso de resistencia ante el colonialismo norteamericano.

Magali García Ramís es una de las escritoras más representativas dentro de este proceso de re-escritura de la identidad puertorriqueña, tanto en sus novelas como en sus crónicas literarias. En su novela *Felices días tío Sergio* (1989) pone de manifiesto muy especialmente la expresión del puertorriqueño en la intersección de dos culturas: la «genuina» con reminiscencias del coloniaje español, y la «plural» en el contexto de la dependencia norteamericana. Y observamos cómo las ideologías se entrecruzan sin idealizar el pasado pero tampoco sin huir de él. En la novela, la historia contemporánea de Puerto Rico nos es revelada en la voz y en la memoria de Lidia (sujeto de la escritura), quien en el tránsito de la infancia a la adultez, desafía las convenciones sociales prefijadas por el dominio patriarcal, y se cuestiona el espacio político y la historia nacional, tejiendo relaciones y mapas de poderes desde el espacio familiar.

Por ello, en este trabajo propongo una posible lectura de la identidad y la cultura puertorriqueñas desde la obra de Magali García Ramís, *Felices días tío Sergio*, como un entramado de implicaciones múltiples que contiene en la estructura de la novela de crecimiento (con las características propias del contexto latinoamericano), la noción de Caribe, y las consideraciones en torno a la identidad nacional señaladas por José Luis González en *El país de cuatro pisos* (1980).

I.- Con el cambio epistemológico signado por la transformación de la conciencia latinoamericana y la adquisición de una libertad garante de los principios de vida; así como por la sustitución del protagonista individual por uno colectivo, la tradicional constitución del *bildungsroman* se ha desdibujado, perdiendo la novela su «tipicidad», llegando incluso a proyectar la noción de verosimilitud como respuesta a un nuevo orden del discurso y de los imaginarios sociales. Sin embargo, se mantienen algunos elementos de la clásica novela de formación como las referencias a la infancia, el anhelo de cambiar los elementos del medio y el deseo de desarrollar una vocación.

En *Felices días tío Sergio*, Lidia (sujeto de la enunciación) desanda el camino de la adultez cuando reconstruye su historia en el ejercicio de la memoria, bajo una subjetividad sustentada en la oposición presente-pasado «Era en los tiempos de Muñoz Marín. Eran los tiempos de esperanza que todavía olían a nuevo (...) en los años cincuenta»¹; lo externo y lo interno

«... yo me zambullí en todo lo que me permitiera escapar de lo que yo era y sentía» (138), la vida de los «otros» y la propia vida «¿Cómo esperar entonces que saliéramos distintos? Porque yo sé que tú te fuiste de aquí pensando que nosotros tres teníamos algo de tu rebeldía ¿Cómo pudimos haber crecido a ser otra cosa que lo que somos ahora: ambiguos, dudosos, incapaces de saber qué hacer, cómo pensar, a quién dedicarnos?» (141), para representar con ello la pluralidad de factores que convergen en la construcción de un sujeto que remite a un colectivo caótico, plagado de fantasmas y en la búsqueda de una voz propia. Dentro del orden ficcional el personaje teje sus propios juegos de verdad sobre un imaginario de lo familiar y lo doméstico cargado de connotaciones políticas: la niñez se articula en un orden matrilineal que prefija los «valores» de la tradición hispánica, blanca y católica; y en la medida en que adquiere conciencia como sujeto se va conflictuando en el desencanto; opone resistencia a la tradición, subvierte los valores masculino/femenino, rompe con la oficialidad histórica, y, a través de su problemática individual, expone el proceso de desterritorialización y el cruce de fronteras propios de su cultura. Pero lo más interesante es que desde esta posibilidad de lo íntimo y familiar, desde este espacio históricamente prefijado para la mujer, desde esta distancia temporal que reescribe la historia de (y en) la ficción podemos leer las fisuras del sistema de jerarquía social, del poder hegemónico y de la subalternidad. Se produce entonces una revisión de las mediaciones culturales en las que la escritura femenina desafía las convicciones desde la noción de la diferencia, desde la conciencia de lo femenino en la periferia, lo que genera un particular rechazo a la autoridad y a la represión del sistema patriarcal.

Otro aspecto importante de la novela —y que sustenta la identidad cultural²— es el proceso de la construcción de la Nación, para explicar el por qué de los personajes como sujetos apócrifos que remiten a un «otro» invisible cuyo antifaz es la desidentidad, el No-Ser. Sobre este aspecto, la noción de genealogía propuesta por Michel Foucault en *Microfísica del poder* (1970), sobre un imaginario que implica, en la redefinición de las sagas familiares y de las clases sociales, una multiplicidad de significados tras el origen de la Nación. En cierta medida, Magali García Ramón sugiere buscar una raíz «otra» que no aparece en el discurso hegemónico. La clave está en hurgar en los recuerdos del pasado para indagar en las quimeras del origen (multi-etnicidad del puertorriqueño), en las marcas y huellas de identidad, en los espacios que no recupera la historia oficial; lo que obliga a una especie de repliegue hacia los espacios íntimos, domésticos, para cuestionar, entre otros, el lugar que le ha tocado a la mujer en los espacios sociales, la legitimación de la relación hegemonía-subalternidad, la condición de colonia.

Ahora bien, esta revisión del pasado conlleva a la memoria y la nostalgia, y conduce al rechazo y al olvido. En su urgencia por sistematizar la complejidad cultural en la unión de lo diverso, la obra se construye con intentos de relleno a partir de letras de canciones «No volverán jamás, felices días de amor, mi pobre corazón a consolar.» (121), «... si tu mueres primero yo te prometo, que escribiré la historia de nuestro amor, con toda el alma llena de sentimiento, lo escribiré con sangre, con tinta sangre del corazón.» (145), citas de la Biblia «... Andrés abrió una edición del Nuevo Testamento:...» ví en éxtasis una visión,... oí así mismo una voz que me decía: Anda Pedro, mata y come...» y luego cerró el libro.» (22), citas de las palabras de otros «—Ya lo dijo papea, son todos unos comunistas todos— exclamaba.» (24); como una totalidad «en relación» sinuosa y aritmética que busca representar la docilidad, la culpa, la violencia de (en) la sumisión, para superar el desgarramiento y el fracaso.

Lo interesante de esta novela y de su temática es que nos presenta el testimonio ficcionalizado de un proceso histórico en la voz de Lidia, voz que desde el descentramiento reacciona contra la presencia autoritaria (madre, familia, Estado): «... escondida como siempre habría de ser, huyéndole al castigo de las leyes que iba rompiendo una tras otra...» (6), en un acto liberador que la hace artífice de su propio proceso de formación; en una intención desmitificadora de crear, al menos, dos imágenes: como mujer y como ciudadana de una nación. En el primer caso se asume desde una libertad de conciencia que explora y cuestiona su educación «Corríamos... con sueños de irnos de allí. «(2), la estructura familiar excluyente y selectiva «Nuestro mundo hasta entonces era un mundo medible y perfecto... Era un mundo de olores, sabores y rituales conocidos y no cambiantes... La vida se medía sencillamente, por clases, vacaciones y fiestas religiosas.» (14); el sexo y sus tabúes «Mami fue a San Juan...y volvió con dos libros... El mío se llamaba 'Te vas haciendo mujer' y el de Andrés 'Ahora que eres hombre'. Me chocó desde un principio el que mi libro no estableciera en su título la tajante diferencia y el de Andrés sí... Empezó entonces nuestra morbosa curiosidad por el sexo... empezamos a comprar revistas y novelitas en inglés sobre relaciones sexuales...» (86-87), y su propia feminidad «... Si yo quería ser Jane me tenía que quedar al pie del árbol, en la casa de la selva, cocinando y cuidando a Quique que era Boy. Como quería tanto trepar yo también, la mayoría de las veces transaba mi identidad humana por la de mona» (15). Como sujeto de la Nación revela los momentos coyunturales y las contradicciones ideológicas que designa la modernización de Puerto Rico: «¿Por qué no soy lo que se supone ni me gusta lo que me debe gustar?... este pertenecer a este mugriento país. ¿Por qué no tenemos nada de valor?... Porque no somos nada, ni país, ni colonia, ni mancomunicación

como las británicas, ni nada, no existimos. Somos una mierda y yo no quiero ser de aquí, pensé.» (143)

II.- José Luis González analiza en *El país de cuatro pisos* la conformación de la Identidad Nacional puertorriqueña a partir de la lectura de las obras «clásicas» de la literatura nacional. Entre los aspectos más significativos señala que (en la ficción) los grupos negros fueron los primeros en identificar a la ínsula como Nación; aun cuando desde el siglo XIX la sociedad sufre un proceso de blanqueamiento en el que las clases poderosas (blancos) se habían limitado a la noción de «sociedad» antes que a la definición y conformación de identidades. Sin embargo, la identidad nacional excluye al negro y se lee «hispanica, blanca y católica».

Así mismo señala que el paso del coloniaje español al coloniaje norteamericano produjo desesperación entre los grupos, ya que se estratificaron aun más las clases sociales; lo que construye esa idea de pérdida y descentramiento en coexistencia con lo ritual y lo mitológico, para explicar la diversidad desde distintos órdenes. Un paso importante ha sido la aceptación del «plebeyismo» y su imposición desde la base «popular» hacia la «alta cultura». Con él, el puertorriqueño ha aceptado su diversidad y se ha reconocido en el arte como parte de la cultura popular.

Ahora bien, a partir de estas nociones (muy generales) quiero establecer la correspondencia entre la identidad mestiza, múltiple, endógena y rítmica que supone un sujeto en conflicto, desterritorializado, colonizado que intenta superar el desgarramiento (personaje en lo individual y lo colectivo de *Felices días tío Sergio*) y la noción de literatura menor propuesta por Deleuze y Guattari.

III.- En *Kafka para una literatura menor* (1975), la propuesta de lectura de las obras literarias reside en una mirada desde la ironía, en la que lo importante son las relaciones que se establecen entre el lenguaje y la realidad; siempre que se cuestione el aparato del Estado que tiende a prefijar la verdad. Para Deleuze y Guattari, no existe la verdad porque los sujetos son acéntricos, periféricos, problematizados y «en proceso». Por lo tanto, sólo es posible proponer nuevas y diversas formas de leer el mundo desde estas diferencias. Y en cierta forma, la literatura puertorriqueña desde la década del 70, se ajusta a esta noción de identidad desde la diferencia; siempre que consideremos que por la condición insular y la articulación de un discurso desde el post-colonialismo, la mayoría de los textos se articulan como ficcionalizaciones de la historia. Así, se hacen evidentes los tres elementos claves de una literatura menor: la desterritorialización de la lengua, la articulación de la política enmarcada en la problemática individual y la enunciación colectiva. Veamos por qué.

Desterritorialización de la lengua: lo que supone la lengua de una minoría que cobra poder y se impone sobre una mayoría tal vez resulta paradójico si lo pensamos dentro del ámbito cultural hispanoamericano. Sin embargo, desde la condición de Estado Libre Asociado que detenta Puerto Rico, hasta 1991 se impuso la obligatoriedad de la enseñanza del inglés en las escuelas; pasando a ser el español (lengua materna) una lengua secundaria. Lo curioso e interesante es que el intelectual puertorriqueño prefiere utilizar el español para expresar, a través de la literatura, la resistencia, la violencia y la docilidad. La elección de la lengua materna y no de la lengua cultural funda su autoridad en lo escrito al producir un aparato analítico y conceptual. Así, el orden de la educación será justamente el orden de la escritura (como lo demostró el triunfo del «español como lengua oficial») que regula los comportamientos asignados a cada cosa y a cada uno en su lugar; reproduciendo la (des)organización social jerárquica en las naturalezas alternas y en la particular «autonomía discursiva» del puertorriqueño. Desde esta disgloria lingüística se perfila la identidad como la construcción de un simulacro que reprime la imposición del poder hegemónico, al tiempo que regula la movilidad social.

En *Felices días tío Sergio*, el campo lingüístico sustenta la cultura y la estratificación de la pequeña burguesía «...Iba saliendo de la sala cuando escuché a mi tío diciendo nombres en francés: Gaugin, Braque, Renoir, Degas» (18); la clase media «Si es que en este país todo es dale a la «machaca» (16); los hombres y las mujeres «—Qué barbaridad, tan guapo —decía Nati. —Qué triste— dijo Mami. —Qué triste no, que poca vergüenza, me lo dejan a mí en la Guardia Nacional un par de semanas y le quito la mariconería a patás —exclamó muy convencido tío Roberto» (31), los niños y los adultos «—Ah Mami? Ah, nos laj haces? —Nos lassss hacessss —corrigió Mami.» (18).

Al observar estas muestras podemos distinguir la focalización de la autora en el ambiente y el lenguaje de los personajes; para asomar las rupturas en el contexto socio-político a través de nuevos signos (coloquialismos, spanglish, «malas palabras») que reflejan un pensamiento emancipado, lejano a un final feliz; pero que incorpora aperturas e integraciones de los bordes, y deja de lado el didactismo y el arquetipo del «jíbaro» como ideal nacional.

Articulación de lo político como enunciación colectiva: para Benedict Anderson (1983) la Nación es por tradición una comunidad imaginada, limitada y soberana. Sin embargo señala que en las sociedades modernas las nuevas comunidades imaginadas se construyen en el rito de la referencialidad. Así, las obras literarias —como representaciones del imaginario social— se articulan sobre sus propios referentes continuamente transfigurados.

En el caso de la literatura puertorriqueña (a partir de los años 70) se explora el submundo y los seres «outside» son los que arman el entramado en una recomposición de los valores éticos y de los valores históricos. De esta forma, el sujeto se va haciendo a sí mismo al tiempo que confronta la historia.

Si bien lo importante de las divisiones en el campo cultural apunta a la desinstrumentalización de la literatura en lo político e ideológico, en el caso de Puerto Rico todas las obras enuncian la voz del colectivo desde un trasfondo político por su condición de Caribe, movimiento de flujo y reflujo que dictamina la noción de identidad cultural. Así, la cultura puede verse como un término que sugiere polémicas y respuestas dinámicas ante situaciones del proceso contemporáneo, y más aun cuando se inscribe en el contexto de las sociedades discriminadas en las que la minoría con poder mantiene coacciones ideológicas muy fuertes sobre la mayoría dominada.

En el aspecto cultural puertorriqueño la identidad es producida por un «efecto óptica» que permite a «lo mismo» subsistir frente a «lo otro». El imaginario es entonces un imaginario de compensación que surge en la polémica de ideología del colonizador frente al colonizado. Es por ello que lo individual responde al deseo de exilio «Me molestó este calor, este pueblo, esta isla..., este pertenecer a este mugriento país.» (143), a lo escurridizo e inasible «Tío Sergio nunca nos dijo que para ser civilizado había que ser de un país en particular» (20), a la condición insular «Era que éramos isleños y el mar, por todos lados el mar, era nuestra única frontera.» (2); a la condición «dependiente y colonizado» «No hay ningún puertorriqueño famoso porque en Puerto Rico no hay mucha cultura y esta isla es muy pequeña. Ahora que somos un Estado Libre Asociado es que ha empezado a progresar Puerto Rico, pero como parte de Estados Unidos.» (21), y, finalmente, al deseo de independencia y libertad «Era cierto que no sabíamos casi nada de nuestro país... Para Quique y para mí el descubrirnos como puertorriqueños nos dio cohesión, nos permitió ubicar todo lo que habíamos comenzado a aprender, nos dio una identidad con la realidad cotidiana del mundo que vivíamos y nos hermanó, por primera vez, con gente que no era de nuestra familia...» (152)

En *Felices días tío Sergio* hemos visto cómo el florecimiento de la conciencia comunitaria caribeña motiva hoy más que ayer una demanda creciente en el seno de las colectividades insulares como parte de una queja en favor de lo injustamente minimizado. A través de un proceso de desacralización y de la imposibilidad de construir respuestas definitivas, personaje y lector terminan conformando un espacio de conciencia diferente, alterno; en la búsqueda de un nuevo equilibrio, de un proceso de asimilación sin nostalgia, en el que la identidad se construye en la elección del modo de asumir la función intelectual frente al producto cultural.

BIBLIOGRAFÍA:

Directa:

García Ramis, Magali (1989): *Felices días tío Sergio*. Puerto Rico: Edit. Antillana.

Indirecta:

Anderson, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1978): *Kafka por una literatura menor*. México: Era.

Foucault, Michel (1970): *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

González, José Luis (1980): *El país de cuatro pisos*. Río Piedras: La Huella.